

y quiso derribarlo; pero se lo impidió un negro vestido con uniforme de guardia nacional; y entonces alcanzó otro estandarte tricolor, que iba detrás con vivas á la Asamblea nacional, y en mil pedazos rompió sobre sus rodillas la fuerte asta. Aunque este incidente causara alguna perturbacion, apartado el perturbador, volvieron los manifestantes á su pacífica obra, y continuaron las aclamaciones y los plácemes. Y llegados al grande Hotel, sitio de salida, clavaron su estandarte en la más alta rama de los árboles que á la puerta se levantan, y decidieron al dia siguiente repetir su manifestacion política, y perseverar en sus esfuerzos gigantescos para sostener á toda costa el orden público, y elevar á París al sentimiento de la realidad y de la justicia á fin de romper primero y aniquilar despues aquella ominosa dictadura.

Era el dia siguiente de esta manifestacion. Los amigos del orden cobraron algun ánimo con la expresion de voto público tan claramente visto; y los comuneros advirtieron como una parte principal de la ciudad se alejaba de ellos, puesto que en plena calle de Rívoli eran presos sus correos, detenidas sus vituallas. En tal estado, los unos se disponian á seguir sus manifestaciones con audacia; los otros á resistirlas con rabia. A la una de la tarde tres ó cuatro mil personas se congregaban delante del Teatro de la Opera; y gran número de milicianos comuneros se armaban como si fueran á dar batalla formidable en la plaza de Vendome. El grito de los manifestantes era el grito que mejor expresaba los deseos de aquella sociedad angustiada y en delirio: el grito de orden, orden, orden á toda costa. Las precauciones parecian grandes, las consignas severas, el recelo intenso, porque al comienzo de la plaza habia ya centinelas, al parecer, dispuestos por sus ademanes y continente, á detener la manifestacion y desviarla de aquel sitio, aunque fuese á tiros. Desde este punto el com-

bate se empeña entre una muchedumbre inerme que pugna por abrirse paso al través de la plaza y otra muchedumbre armada de todas armas, que pugna por detener el torrente. Por algunos momentos la porfia es pacífica; los unos empujan para pasar, los otros contrastan el empuje. Mas suena inesperado pistoletazo. El primer tiro es horrible en estos conflictos. ¿Es casualidad, imprudencia temeraria, señal convenida? Nadie lo sabe. ¿Sale de las filas del pueblo ó de las filas de la Milicia? Nadie lo ha podido averiguar. Lo cierto es que los fusiles se bajan, apuntan, disparan fuego nutridísimo sobre aquel impenetrable muro de carne humana, donde no podia perderse ni una sola bala. ¡Qué horror! Los tambores redoblan, las descargas resuenan, las balas muerden; unos gritan de dolor, otros de ira; aquí multitud de contusos que se quejan, allá multitud de heridos que agonizan, acullá frios y pálidos muertos; por todas partes los fugitivos, sin aliento en el pecho, sin luz en los ojos, poseidos de terror, comunicando la nueva fatal de aquella carnicería á la poblacion que cierra las tiendas, suspende los trabajos, clama con horror, y llena así los corazones de rabia, los aires de lamentos, demostrando que la guerra civil comienza ya resueltamente á satisfacer su insaciable voracidad.

Los nombres de las víctimas corren de boca en boca. Mr. Barle, alférez de la Guardia nacional, tiene traspasado el vientre; Mr. Jollivet, escritor público, roto el brazo; monsieur Hotlinger, regente del Banco, cae alcanzado por dos balas sobre el cuerpo inerte de otro infeliz á quien iba á socorrer; Mr. Pene, periodista, recibe peligroso golpe en el muslo; Mr. Portet, militar, un tiro en el cuello y otro en el pié; Mr. Bernard, negociante, yace en medio de la plaza sobre un lago de sangre; Mr. Giraud, agente de Bolsa no lejos de allí, desangrado y exánime; Mr. Bellanger, cafetero; Mr. Miet, del comercio y Mr. Charrin, de provincias, mueren

despues de rápida agonía; mientras por todas partes se descubren víctimas de la primera descarga, ya cadáveres, un viejo, una pobre cantinera, un soldado de línea que sostiene con sus manos fuertemente crispadas por la muerte un fragmento de la bandera tricolor, rota y ensangrentada, verdadero símbolo de la pobre Francia.

La noticia de este desastre fué recibida con alegría por la Comision central. El huelguista Assi, á quien llamaba en su destierro Napoleon III, animoso y entendido trabajador, lee las relaciones oficiales enviadas desde la Plaza Vendome por el general Raoul de Bisson, destinado á impedir manifestaciones de los amigos del orden, y visto su heroismo con la multitud indefensa, propone que se emita un voto de gracias á su conducta, y este voto de gracias en que se le declaraba merecedor de la gratitud nacional con todos sus compañeros, recibe unánime aprobacion. El ciudadano Viard propone que en lo porvenir no se consientan semejantes manifestaciones. Para eso, observa su colega Rousseau, precisa que tuviéramos caballería. ¿Y de dónde vamos á sacarla? ¡Oh! replica Viard. La requisaremos.

Vistas las resoluciones de la Comision central, los guardias nacionales de orden se preparaban á la defensa. Tenian por suyos los dos grandes distritos de París, el primero y el segundo. Pero su núcleo de defensa estaba en la Plaza de la Bolsa. A las cinco de la tarde del dia veinticuatro corre el rumor de que la alcaldía del primer distrito ha sido atacada y vencida por los comuneros. Se da por ende la señal del combate. Los grandes edificios quedan ocupados y defendidos; las ventanas guarnecidas de colchones; las compañías de más aliento y de más empuje tendidas en grandes masas por las aceras. En la plaza de Nuestra Señora de las Victorias ya estaban los guardias nacionales en orden de batalla; y en la calle nueva de los Campillos, por donde amagaban los comuneros, todo aperci-

bido y dispuesto, faltando solamente que sonara el toque de ataque. A cada momento llegaban noticias de lo sucedido en el primer distrito. Una columna, compuesta de tres batallones y provista de tres piezas de artillería, se acercó á la plaza de San German, y al llegar, topó con los guardias nacionales defensores del orden. El jefe de la columna, el comunero Brunel, apuntó sus cañones á la alcaldía; y el jefe de los guardias nacionales, el capitán Arnaud, se presentó sencillamente y severamente á desafiar aquella amenaza, y con su sencillez sublime y su serenidad heroica, evitó el combate. El comunero Brunel murmuró algunas palabras de paz; y demandó ver á los alcaldes y á los regidores que estaban tranquilos en sus puestos. La entrevista se verificó, y se extendió el rumor de que la concordia estaba concluida y perfecta. Faltaba solamente la adhesion al convenio de los alcaldes y los regidores congregados en el Banco. Los comuneros dicen que iban ellos mismos á recabar esta importantísima adhesion; pero piden la escolta de uno de los batallones de la Guardia nacional, adictos al orden público. Pusiéronse en marcha, y al llegar al segundo distrito, quisieron los guardias nacionales de orden detenerlos, pero viendo á sus camaradas de armas y de ideas, los franquearon el paso. Los delegados de la Comision central y los alcaldes del segundo distrito pactaron definitivamente como habia sucedido en el primer distrito. Las elecciones se prorogaban, los alcaldes permanecian tranquilamente en sus puestos, y los destituidos eran reintegrados. La noticia del pacto se divulgó con presteza y los guardias nacionales abandonaron sus puestos y creyeron en la paz.

¿Cuál no fué su desengaño cuando vieron al dia siguiente que el pacto estaba roto, so pretexto de no haberlo aprobado la Comision central? Defendíanse los comuneros diciendo que habian procedido así, porque pactado otro convenio con los emisarios de Versalles, habia sido roto á causa de no ratificarlo el gobierno.

Lo cierto es que la debilidad de los guardias nacionales de orden y las vacilaciones de los alcaldes de París agravaron la situación ¡ay! tristemente. Una resolución suprema en aquellos momentos salva á Francia, y ahoga la Comunidad revolucionaria en su cuna. París, salvándose á sí mismo, salva la libertad y la República; su influjo en el mundo, sus títulos á la capitalidad moral de esta grande é infortunada nacion, que la necesita como necesita el cuerpo humano su cerebro.

Pero la debilidad, las transacciones, los convenios inútiles, los distingos sutiles, todos los procedimientos seguidos, toda la conducta observada por los que tenían el deber de salvar á París, agravó la revolucion, y consiguió que una sorpresa inesperada se convirtiera en un verdadero gobierno. El rompimiento quedó declarado, y la peor de las calamidades cayó sobre Francia, la guerra civil despues de la guerra extranjera.

CAPITULO XCIII.

LAS ELECCIONES.

Por fin el 24 de Marzo publicó el gobierno revolucionario de París la alocucion siguiente: «Considerando que la situacion precaria de la ciudad se agrava de dia en dia, y que á toda costa es necesario conservar la República; que los jefes superiores, continuando los yerros de lo pasado han traído por su inaccion las cosas al estado de hoy; que la reaccion monárquica ha impedido por el motin y la mentira las elecciones, único medio de constituir un poder legal en París; la Comision central decreta: 1.º Los poderes militares de París son entregados á los delegados Brunel, Eudes y Duval. 2.º Tienen el título de generales, y obrarán de comun acuerdo hasta la llegada de Garibaldi, aclamado por todos como general en jefe. Valor, valor, y los traidores serán burlados.» Los electores fueron seguidamente convocados para el dia 23 de Marzo. No quedaba, pues, medio alguno de transaccion y de concordia. La revolucion aparecia triunfante; la Comunidad fundada. París habia caído de nuevo en el abismo de la guerra.

Era el domingo 26 de Marzo. Las elecciones para la Comunidad de París se celebraban tranquilamente; concluida toda concordia, muerta toda esperanza de pacto. La prensa decidida por la autoridad y por el orden dentro de la República escribió una protesta negando á la Comision central facultades para reunir los electores y proponiendo el retraimiento. La Comision central, sin curarse mucho de tales protestas, publicó sus instrucciones electorales con una especie de recomendacion moral acerca de las dotes y calidades que debian reunir los candidatos. Lo primero que necesitaban era pertenecer á la escuela socialista para formar de un golpe en el molde de su conciencia con la masa candente y fundida por la alta temperatura de las revoluciones una nueva sociedad toda entera. Despues de esta doctrina política necesitaban tambien la modestia personal. Solamente debian ser elegidos aquellos que no lo solicitaran como se suele en los conventos. Y si eran completamente desconocidos mucho mejor. Francamente, esto de